Selección de poemas de Jaime Luis Huenún.
Extraídos de la antología *Ül: Four Mapuche Poets*, editada por Cecilia Vicuña[1].

Después de leer tanto a César Vallejo

El mundo se concentra en tu índice, César,
y acusa a mis poemas de no tener
ni la más remota filiación
con tus jueves parisinos.

Ah, no sabes cuán indiferente me es Dios
y nunca podrías medir el gran esfuerzo
que mis poemas hacen por llegar a ser
dignos hijos suyos.

Pero sabes desde hace tiempo ya
Que las cunas hieden a sepulcro,
Y que los llantos son izquierdos
Golpes a las mejillas del oído derecho.

Así mismo, sabes que de ti aprendí a saciar la sed
con toda el hambre humana soportable.

También que soy fiel discípulo tuyo en todo
lo que tenga relación con aquello
de no amar mis manos
sino hasta que les nazca a cada una
el sexto hermoso dedo que les falta.

No sé, cholo… bueno sé
que no bastan las disculpas
por usar tus letras –tus sagradas pertenencias–
sin tu legal autorización,
¡pero, hombre… me estoy jugando
tu noche de ayer y mi día de mañana
a un número y a un dado
que aún no acaba de rodar!

Lo único que lamento
es que no vas a poder devolverme la mano

---

[1] Vicuña, Cecilia (ed.). *Ül: Four Mapuche Poets*: *an anthology.* Trad. John Bierhorst. Pittsburgh: Americas Society, Latin American Literary Review Press, 1998. La carta está en la página 89, “Libro” en la 92, “Cerrado por duelo” en la 94, y “Después de tanto leer a César Vallejo” en la 106.

en ninguno de estos caminos
donde llueve soledad,
y desde los cuales mis temporales huesos
decretan su completo desacuerdo
con la pena de vida.

Cerrado por duelo

Esos huesos que asoman son sílabas de tiempo,
signos huecos y blancos de un lenguaje roído,
cráneos significados por la tierra y la noche,
ambarinas dentaduras sin eternidad ni risa.

Esos huesos que asoman son el polvo del polvo,
una sucia escritura dispersándose al viento,
fósiles negativos velados con silencios,
cuencas arrancadas de cuajo a sus espectros.

Esos huesos que asoman son prótesis de la nada,
falanges que enternecen la página del miedo,
húmeros con esporas nutridas por el calcio
cóncavo de la vida adherida a los muertos.

Esos huesos que asoman cierran tarde sus deudos,
y ofrecen un dolor plano cocido a entierro lento,
florecidos de musgo los sacros calvos yertos
envilecen los ojos que los miran desiertos.

Esos huesos que asoman son la carne del cielo,
la cáscara de un crimen sin prontuario ni duelo,
resurrectos opacos, indicios esqueletos
nombrados contra el polvo y en el polvo desechos.

Libro

Sólo puedo leer tu cara, huenún jaime luis,
sietemesino feo, sólo
puedo leer tu mitad hijo,
tu mitad hueso y calavera encarnada
tu débil número negativo
hecho de cuarteada eternidad

y carne.

Sólo puedo leer tu mitad
padre, hermano, aquel
que diariamente sale a conseguir
una mísera ración de estrellas, exiguo alimento
de palabras que no saben todavía ni
siquiera balbucear.

Sólo puedo leerte al lado de Otro,
sólo junto a los conjuntos rotos de tu madre,
sólo solitario pero nunca solo,
mal ladrón de la blancura de las Páginas.

Sólo puedo leerte juntando las letras
de tu vuelo de mosca reventado
al pie de un título de un poema de Tu Fu.

Sólo puedo leer tu raíz falsa, huenún
jaime luis, hombre
o duende porfiado o malo de la cabeza,
sólo puedo leer la mitad
del aire que te hace viejo,
la otra mitad la ganas
con el sudor de tus ojos
y aquello
no tiene explicación en mi
alfabeto.

“El presente conjunto de poemas reúne textos extraídos de dos libros diferentes: *Sudario* y *Ceremonias*, (ambos inconclusos). *Ceremonias* se mira en el espejo apagado de *Sudario*, su negativo poético. Lo indígena mío emerge como *Los ríos profundos* de José María Arguedas, diálogo conflictivo entre sangres y culturas que sólo logra una aparente nítida conjunción en *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, antes del disparo final, la dispersión de la razón y el mito.
Huilliche hispanohablante como soy, nacido y criado en los ámbitos de la sociedad chilena, perdida ya la inocencia de la raza y de la infancia, he debido tomar la rama vallejiana y mistraliana para cobijarme bajo el árbol de mi origen. La poesía, esta vieja y desesperada paciencia, no duda en empujarme hacia los bosques y los ríos del tse dungun (el perdido dialecto huilliche, variante del mapudungun).
Chauracahuin, antiguo y enterrado nombre aborigen de la ciudad de Osorno y sus vecindades, pierde su memoria: peces y pájaros, pumas y flores, muertes y sueños. Pero vamos de sol a sol dando vida al viejo *lepun*; en él bailamos, rogamos, ofrendamos; en él cae degollado el carnero de la fertilidad; en el mar de Pucatrihue se alza en oleajes límpidos, bendiciéndonos por medio de los ojos rocosos de Huentellao, el indio patrono de los costeños.
Por último, mi Huenún y mi Villa (padre y madre en sus tiernos y salvajes idilios) imprimen en la precariedad de estas páginas la lágrima y el sudor del mestizaje. Mi sangre prende en la tuya, no se reconocen y surge la disputa. Pero todo odio arranca del amor, y el destino – como sea – nos será un *ulmo* florido bajo el cual las utopías de la historia y del espíritu cumplirán sus anchas, esperadas e inesperadas promesas.” (En carta a Cecilia Vicuña, la antologadora, firmada en enero de 1994)